

LA MISIÓN DE LA IGLESIA ORTODOXA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO*

La contribución de la Iglesia ortodoxa al logro de la paz, la justicia, la libertad, la fraternidad y el amor entre los pueblos, y a la supresión de las discriminaciones raciales y de otro tipo.

*“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). La Iglesia de Cristo vive “en el mundo”, pero ella “no es de este mundo” (Jn 17, 11, 14-15). La Iglesia como Cuerpo del Verbo de Dios encarnado (Juan Crisóstomo, *Homilía antes del exilio* I, 2: PG 52, 429), es la “presencia” viva, el signo y la imagen del Reino del Dios trinitario en la historia; presencia que anuncia una “nueva criatura” (2 Co 5, 17), “cielos nuevos y tierra nueva... donde habita la justicia” (2 Pe 3, 13). Un mundo en el que Dios “enjugará todas las lágrimas de sus ojos, la muerte ya no existirá, no habrá luto, ni llanto, ni sufrimiento” (Ap 21, 4-5).*

Esta espera es ya vivida y gustada con antelación en la Iglesia, por excelencia cada vez que celebra la divina Eucaristía y se reúnen “en asamblea” (1 Co 11, 17) los hijos de Dios dispersos, en un cuerpo sin distinción de raza, de sexo, de edad, de

* Traducción del texto en lengua francesa por el profesor J. M. Fernández Rodríguez (Granada), ofrecido por el departamento de relaciones públicas del Sínodo de Creta. Revisión y control teológico por el Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

origen social o cualquier otra forma de distinción, allí donde *“ya no hay ni judío ni griego, ya no hay esclavo ni libre, ya no hay hombre ni mujer”* (Gal 3, 28, ver también Col 3, 11), en un mundo de reconciliación, paz y amor.

La Iglesia también vive este anticipo de la *“nueva criatura”*, del mundo transformado a través de sus Santos que, por la ascesis y por su virtud, se han convertido ya en esta vida en representaciones del Reino de Dios, mostrando y asegurando así que la expectativa de un mundo de paz, justicia y amor no es una utopía, sino *“una firme garantía de las cosas que se espera”*, (Hb 11, 1) que es posible con la gracia de Dios y la lucha espiritual del hombre.

Continuamente inspirada por la espera y por este anticipo del Reino de Dios, la Iglesia no permanece indiferente ante los problemas del hombre en todas las épocas; por el contrario, participa de su angustia y de sus problemas existenciales, suprimiendo, como su Señor, el dolor, las heridas causadas por el mal que actúa en el mundo, y, como el buen samaritano, ella venda sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino (Lc 10, 34) *“por la paciencia y consuelo que dan las Escrituras”* (Rm 15, 4; Hb 13, 22) y a través del amor activo. Su palabra hacia el mundo no tiene como objetivo principal denunciar, juzgar o condenar al mundo (Jn 3, 17, y 12, 47), sino procurarle como guía el Evangelio del Reino de Dios, la esperanza y la certeza de que el mal, bajo cualquier forma, no tiene la última palabra en la historia, ni debe dejarle dirigir su curso.

Difundir el mensaje del evangelio según el último mandamiento de Cristo: *“Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”* (Mt 28, 19) constituye la misión perenne de la Iglesia. Este apostolado debe realizarse no de manera agresiva o bajo diversas formas de proselitismo, sino en el amor, la humildad y el respeto por la identidad de cada ser humano y la especificidad cultural de cada pueblo. Todas las Iglesias ortodoxas deben contribuir a este esfuerzo misionero.

Basándose en estos principios, en la experiencia y la enseñanza de su tradición patrística, litúrgica y ascética, la Iglesia ortodoxa participa en el cuestionamiento y la angustia

del hombre contemporáneo sobre cuestiones existenciales fundamentales que preocupan al mundo de hoy, cuidadosa de contribuir a su solución para que la paz de Dios “*que sobrepasa todo entendimiento*” (Flp 4,7), la reconciliación y el amor pre-alezcan en el mundo.

A. EL VALOR DE LA PERSONA HUMANA

1. El valor de la persona humana, que surge de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, así como su misión según el plan concebido por Dios para el hombre y el mundo, fue la fuente de inspiración para los Padres de la Iglesia, que se interesaron por el misterio de la economía divina. San Gregorio el Teólogo señala en este contexto que el Creador “*colocó al hombre en la tierra, como un segundo mundo, macrocosmos en el microcosmos, como otro ángel, un ser doble creado para adorarlo, un guardián de la creación visible, un iniciado del mundo inteligible, un ser reinante sobre los seres de la tierra (...) un ser vivo en este mundo y aspirando a otro, la finalización del misterio, acercándose a Dios mediante la theosis*” (Gregorio el Teólogo, *Discours* 45, 7: PG 36, 632AB). El propósito de la encarnación del Verbo de Dios es la deificación del hombre. Cristo, renovando en sí mismo el viejo Adán (cf. Ef 2, 15), “*diviniza, al hacerlo, al hombre entero, lo que constituye el comienzo del cumplimiento de nuestra esperanza*” (Eusebio, *Demotr. Evang.* 4, 14. PG 22, 289A). Porque así como en el viejo Adán, toda la raza humana ya estaba contenida, así en el nuevo Adán, toda la raza humana es recapitulada. “*El Hijo unigénito de Dios se ha convertido en hombre... para recapitular y restaurar al estado original del género humano que estaba caído*” (Cirilo de Jerusalén, *In Comm. In Joan. IX.* PG 74, 273D-275A). Esta enseñanza de la Iglesia es una fuente inagotable ante todo esfuerzo cristiano por salvaguardar el valor y la magnificencia de la persona humana.

2. Sobre esta base, es indispensable desarrollar en todas direcciones la colaboración intercristiana para proteger el valor del hombre y, por supuesto, también el bien que es la paz, de manera que los esfuerzos pacíficos de los cristianos sin excepción adquieran más peso y fuerza.

3. La aceptación común del valor único que posee la persona humana puede servir de presupuesto para una colaboración más amplia en este campo. Las Iglesias ortodoxas locales son llamadas a contribuir al diálogo y la colaboración interreligiosa, a la coexistencia pacífica y la cohesión social de los pueblos, sin que ello implique un sincretismo religioso, cualquiera que sea.

4. Nosotros estamos convencidos de que “*trabajando juntos en la obra de Dios*” (1 Co 3,9), podemos progresar en este ministerio en común con todos los hombres de buena voluntad amando la paz de Dios por el bien de la comunidad humana, a nivel local, nacional e internacional. Este ministerio es un mandamiento de Dios (Mt 5,9).

B. LIBERTAD Y RESPONSABILIDAD

1. La libertad es uno de los mayores regalos hechos al hombre. “*Dios creó al hombre originalmente libre y le dio libre albedrío, con la única restricción de la ley del mandamiento*” (Gregorio el Teólogo, *Discours* 14, 25: PG 35, 892A). Mientras que el hombre puede progresar hacia la perfección espiritual, la libertad implica el riesgo de desobediencia a Dios, de independencia con respecto a Dios y, por lo tanto, de caer, de ahí las consecuencias trágicas del mal en el mundo.

2. Una de las consecuencias de este mal son las imperfecciones y las deficiencias que son la patrimonio de nuestro tiempo, tales como: la secularización, la violencia, la relajación de costumbres; los fenómenos malsanos generados por la adicción a las drogas y otras adicciones sobre todo en una parte de la juventud contemporánea; el racismo, los armamentos, las guerras y los males sociales causados por ellas; la opresión de grupos sociales, de comunidades religiosas, de pueblos enteros; las desigualdades sociales, las restricciones de los derechos humanos que afectan a la libertad de conciencia y muy particularmente a la libertad religiosa; la desinformación y la manipulación de la opinión pública; la miseria económica, la injusticia en la distribución, incluso la escasez de bienes básicos para la vida, el hambre de millones de hombres desnutridos; las deportaciones violentas, el tráfico de seres humanos,

la afluencia caótica de refugiados; la destrucción del medio ambiente; el uso incontrolado de la biotecnología y la biomedicina genética en relación con el comienzo, la duración y el final de la vida humana –todo esto sostiene la angustia infinita en la cual se debate la humanidad en nuestros días.

3. Frente a esta situación, que ha llevado al debilitamiento del concepto de persona humana, corresponde hoy a la Iglesia ortodoxa hacer valer –a través de su predicación, su teología, su culto y actividad pastoral– la verdad de la libertad en Cristo. *“Todo está permitido, pero todo no es útil; todo está permitido, pero no todo edifica. Que nadie busque su propio interés, sino que cada uno busque el de los demás... Hablo aquí, no de vuestra conciencia, sino de la del otro. ¿Por qué, en efecto, mi libertad sería juzgada por una conciencia ajena?”* (1 Co 10, 23-24; 10, 29). La libertad sin responsabilidad y sin amor conduce en última instancia a la pérdida de la libertad.

C. DE LA PAZ Y DE LA JUSTICIA

1. La Iglesia ortodoxa reconoce y señala de forma diacrónica el lugar central de la paz y de la justicia en la vida humana. La revelación en Cristo mismo es calificada de *“evangelio de la paz”* (Ef 6, 15), pues Cristo *“instaurando la paz por la sangre de su Cruz”* (Col 1, 20) *“ha venido a proclamar la paz, paz para vosotros que estabais lejos, paz para los que estaban cerca”* (Ef 2, 17). Él se ha convertido en *“nuestra paz”* (Ef 2, 14). Esta paz *“que sobrepasa toda inteligencia”* (Fil 4, 7) es –como Cristo mismo lo dijo a sus apóstoles antes de su Pasión– más amplia y más esencial que la que promete el mundo: *“Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo”* (Jn 14, 27). Porque la paz de Cristo es el fruto maduro de la recapitulación de todas las cosas en Él; del valor y la grandeza de la persona humana, en cuanto imagen de Dios; de la manifestación de la unidad orgánica del género humano y del mundo en Él; de la universalidad de los principios de paz, de libertad y de justicia social; y finalmente de la fecundidad del amor cristiano entre los hombres y los pueblos. La verdadera paz es el fruto del triunfo en la tierra de todos estos principios cristianos. Es la paz que viene de arriba la que Iglesia ortodoxa siempre pide en sus votos y oraciones cotidianas, pidiéndola a Dios que todo

lo puede y que responda a las oraciones de los que acuden a Él con fe.

2. Lo que precede muestra claramente por qué la Iglesia, como “*cuerpo de Cristo*” (1 Co 12, 27) ora siempre por la paz del mundo entero la cual, según Clemente de Alejandría, es sinónimo de la justicia (*Stromatas* 4, 25. PG 8,1369B-72A). Basilio el Grande añade: “*No puedo convencerme a mí mismo de que soy digno de ser llamado servidor de Jesucristo si no soy capaz de amar a los demás y de vivir en paz con todos –al menos en lo que depende de mí*” (*Carta* 203, 1. PG 32, 737B). Como lo señala el mismo Padre, esto es talmente natural para el cristiano que se podría afirmar que “*no hay nada tan específicamente cristiano que trabajar en favor de la paz*” (*Carta* 114. PG 32, 528B). La paz de Cristo es la fuerza mística que tiene su fuente en la reconciliación del hombre con su Padre celestial, “*gracias a la providencia de Jesús que obra todo en todos, crea una paz indescriptible predestinada desde el principio de los tiempos, nos reconcilia con Él mismo y, a través de Él mismo, con el Padre*” (Dionisio El Areopagita, *De nom. div.* 11, 5. PG 3, 953AB).

3. Debemos señalar, al mismo tiempo, que los dones de la paz y de la justicia también dependen de la sinergia humana. El Espíritu Santo concede los dones espirituales cuando buscamos en el arrepentimiento la paz y la justicia de Dios. Estos dones de la paz y de la justicia se realizan allí donde los cristianos hacen esfuerzos en favor de la fe, del amor y de la esperanza en Jesucristo nuestro Señor (1 Ts 1, 3).

4. El pecado es una enfermedad espiritual cuyos síntomas visibles son las agitaciones, las discordias, los crímenes y las guerras con sus trágicas consecuencias. La Iglesia busca curar no solamente los síntomas de esta enfermedad, sino también la enfermedad misma, el pecado.

5. Al mismo tiempo, la Iglesia ortodoxa piensa que es su deber alentar todo lo que realmente se pone al servicio de la paz (cf. Rm 14, 19) y lo que abre el camino a la justicia, la fraternidad, la verdadera libertad y el amor mutuo entre los hijos del único Padre celestial, así como entre todos los pueblos que constituyen una sola familia humana. Ella se compadece de todos aquellos que, en diferentes partes del mundo, están privados de los bienes de la paz y de la justicia.

D. LA PAZ Y LA PREVENCIÓN DE LA GUERRA

1. La Iglesia de Cristo condena la guerra de manera general, pues la considera como consecuencia del mal y del pecado en el mundo. “¿De dónde vienen las luchas, y de dónde viene las querellas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que combaten en vuestros miembros?” (St 4, 1). Toda guerra constituye una amenaza destructiva para la creación y la vida.

Muy particularmente, en caso de las guerras libradas con armas de destrucción masiva, las consecuencias serían terribles, ya que no solamente causarían la muerte de un número incalculable seres humanos, sino también porque la vida de los supervivientes se volvería insoportable. Aparecerían enfermedades incurables, se producirían mutaciones genéticas y serían provocados otros males afectando gravemente a las generaciones futuras.

No solo el armamento nuclear es muy peligroso, sino también el armamento químico y biológico, así como toda forma de armamento, que da lugar a una ilusión de supremacía y de dominación sobre el mundo circundante. Este tipo de armamento mantiene un clima de miedo y de falta de confianza, y provoca una nueva carrera de armamentos.

2. La Iglesia de Cristo, considerando principalmente que la guerra es causa del mal y del pecado en el mundo, alienta toda iniciativa y esfuerzo para prevenir o impedir la guerra mediante el diálogo y cualquier otro medio apropiado. En el caso donde la guerra se convertiría inevitable, la Iglesia continúa orando y tomando cuidado pastoralmente de sus hijos que están implicados en los conflictos armados para defender sus vidas y su libertad, desplegando todo esfuerzo para el restablecimiento de la paz lo más rápido posible.

3. La Iglesia ortodoxa condena enérgicamente los múltiples conflictos y guerras motivados por un fanatismo derivado de principios religiosos. La tendencia sin cesar creciente del aumento de represiones y persecuciones de cristianos y de otras comunidades a causa de la fe en Oriente Medio y en otra partes, así como los intentos de desarraigar el cristianismo de su cuna histórica, suscitan una profunda preocupación. Por ello, las relaciones existentes interreligiosas e internacionales

se ven amenazadas, mientras que numerosos cristianos se ven forzados a abandonar sus hogares. Los ortodoxos del mundo entero se compadecen de sus hermanos cristianos y de otros perseguidos en esta región, y piden encontrar una solución equitativa y permanente a los problemas de la región.

La Iglesia ortodoxa también condena las guerras inspiradas por el nacionalismo, las provocadas por limpiezas étnicas, los cambios de fronteras estatales y la ocupación de territorios.

E. LA IGLESIA ORTODOXA FRENTE A LAS DISCRIMINACIONES

1. El Señor, Rey de la justicia (cf. Heb 7, 2-3) desapueba la violencia y la injusticia (cf. Sal 10, 5) y condena el comportamiento inhumano hacia el prójimo (cf. Mc 25, 41-46 y St 2, 15-16). En su reino –del cual la Iglesia es la imagen y la presencia en el mundo– no hay ningún lugar ni para el odio, ni para la enemistad y la intolerancia (cf. Ef 2, 14 y Rm 12, 10).

2. La posición de la Iglesia ortodoxa a este respecto es del todo clara: la Iglesia ortodoxa tiene la fe de que Dios *“a partir de un solo hombre creó todos los pueblos para habitar la entera faz de la tierra”* (Hch 17, 26) y que, en Cristo *“ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos vosotros no sois uno en Cristo Jesús”* (Gal 3, 28). A la pregunta *“¿quién es mi prójimo?”* Cristo respondió con la parábola del buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Así enseñó a abolir cualquier barrera de enemistad y prejuicio. La Iglesia ortodoxa confiesa que todo ser humano –independientemente del color, la religión, la raza, el sexo, la nacionalidad y la lengua– es creado a imagen y semejanza de Dios, y que el goza de los mismos derechos en la sociedad. Conforme a su fe, la Iglesia rechaza la discriminación bajo las formas enumeradas más arriba, las cuales suponen una distinción en la dignidad entre personas.

3. La Iglesia, en un espíritu de respecto por los derechos humanos y la igualdad de trato de los hombres, considera la aplicación de estos principios a la luz de su doctrina sobre los sacramentos, la familia, el lugar del hombre y de la mujer en la Iglesia, y los valores de la tradición eclesial en general. La

Iglesia posee el derecho de declarar su doctrina y de testimoniarla públicamente.

F. LA MISIÓN DE LA IGLESIA ORTODOXA, TESTIMONIO DE AMOR EN LA DIACONÍA

1. En el cumplimiento de su misión de salvación en el mundo, la Iglesia ortodoxa cuida activamente a todos los que necesitan ayuda, los hambrientos, los necesitados, los enfermos, los discapacitados, los ancianos, los oprimidos, los cautivos, los prisioneros, las personas sin hogar, los huérfanos, las víctimas de las catástrofes y conflictos armados, el tráfico de seres humanos y toda forma de esclavitud de nuestro tiempo. Los esfuerzos de la Iglesia ortodoxa para superar la extrema indigencia y la injusticia social son una expresión de su fe y un servicio prestado al Señor mismo, que se identifica con todo ser humano, sobre todo con los que están necesitados: *“Todo lo que le hicisteis con cada uno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis”* (Mt 25, 40). En su diakonia social polivalente, la Iglesia puede cooperar con las diversas instituciones sociales relacionadas.

2. Los antagonismos y las hostilidades en el mundo también son generadores de injusticia y desigualdad en la división de los bienes de la divina Creación entre los individuos y las naciones. Privan a millones de hombres de los bienes de primera necesidad y conducen a la precariedad de la existencia humana. Provocan las emigraciones masivas de poblaciones, dan lugar a conflictos étnicos, religiosos y sociales que amenazan la cohesión interna de las sociedades.

3. La Iglesia no puede permanecer indiferente a los procesos económicos que influyen negativamente en la humanidad entera. Ella insiste en la necesidad de construir la economía sobre los principios morales para que esté al servicio de los hombres, siguiendo la enseñanza del apóstol Pablo: *“Es así, trabajando, como se debe acudir en ayuda de los débiles y recordar las palabras del Señor Jesús, quien dijo: hay más alegría en dar que en recibir”* (Hch 20, 35). Basilio el Grande escribe que *“el objetivo que todos deben tener en su trabajo es, pues,*

de acudir en ayuda de los indigentes y no remediar sus propias necesidades” (Grandes Reglas 42: PG 31, 1025A).

4. Entre ricos y pobres, la brecha se amplía dramáticamente, debido a la crisis económica que generalmente resulta de una frenética especulación por parte de ciertos agentes financieros, de una acumulación de riqueza en manos de unos pocos y de una actividad económica distorsionada que, privada de justicia y sensibilidad humana, no sirve finalmente a las necesidades de la humanidad. Una economía viable es aquella que combina eficiencia con la justicia y con la solidaridad social.

5. En estas condiciones trágicas, se puede entender la inmensa responsabilidad de la Iglesia en la lucha contra el hambre y toda forma de miseria que abundan en el mundo. Este fenómeno de nuestro tiempo, en el que los países viven en un sistema de economía globalizada, es revelador de la grave crisis de identidad que ha estragos en el mundo moderno, porque el hambre no solo pone en peligro el don divino de la vida de pueblos enteros, sino que también afecta a la grandeza y la santidad de la persona humana, y al mismo tiempo ofende a Dios mismo. Por esta razón, si el cuidado de nuestra propia alimentación es un tema material, el cuidado de la alimentación de nuestro prójimo es un tema de orden espiritual (St 2, 14-18). Incumbe, pues, a las Iglesias ortodoxas mostrarse solidaria y organizar su ayuda de manera eficaz hacia los hermanos necesitados.

6. La Santa Iglesia de Cristo en su cuerpo católico, que incluye en su seno a numerosos pueblos de la tierra, coloca ante todo el principio de la solidaridad humana y alienta una colaboración más avanzada de los pueblos y de los estados para la solución pacífica de los conflictos.

7. La imposición creciente a la humanidad de un estilo de vida cada vez más consumista, privada de todo apoyo en los valores morales cristianos, es para la Iglesia una causa de preocupación. En este sentido, este consumismo combinado con la globalización secularizada tiende a llevar a los pueblos a perder sus raíces espirituales, su memoria histórica y el olvido de las tradiciones.

8. Los medios de comunicación a menudo caen bajo el control de la ideología del globalismo liberal y sirven de promotores del consumismo y de la inmoralidad. Los casos de

trato irrespetuoso, incluso blasfemo, de los valores religiosos, provocan una especie de discordias y revueltas en la sociedad, suscitan una inquietud particular. La Iglesia advierte a sus fieles del peligro de manipulación de las conciencias por los medios de comunicación, de su uso no para acercar los individuos y los pueblos, sino para manipularles.

9. La Iglesia es cada vez más confrontada –en la difusión de su doctrina y en el cumplimiento de su misión salvadora para la humanidad– a las manifestaciones de la secularización. La Iglesia de Cristo está llamada a elaborar y a manifestar su testimonio profético apoyándose sobre la experiencia de la fe, recordando de este modo su verdadera misión en el mundo, “*proclamando*” el Reino de Dios y cultivando la conciencia de unidad de sus fieles. Un gran campo de acción se abre ante ella, siendo así que ella presenta, en el mundo fragmentado, la comunión y la unidad eucarística, como elemento esencial de su enseñanza eclesiológica.

10. El deseo de un crecimiento constante del bienestar y el consumo desenfrenado conducen inevitablemente al uso desproporcionado y al agotamiento de los recursos naturales. El mundo creado por Dios para ser cultivado y guardado por el hombre (Gn 2, 15) sufre las consecuencias del pecado humano: “*La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, en la esperanza, de ser liberada de la servidumbre de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto*” (Rm 8, 20-22).

La actual crisis ecológica, ligada a los cambios climáticos y al calentamiento del planeta, impone la obligación de la Iglesia de contribuir, por los medios espirituales de los cuales dispone, a la protección de la creación de Dios contra los efectos de la avaricia humana. La codicia de satisfacer las necesidades materiales conduce al empobrecimiento espiritual del hombre y a la destrucción del medio ambiente. No debemos olvidar que los recursos naturales del planeta no son propiedad del hombre, sino del Creador: “*De Yahve es la tierra y cuanto hay en ella, el orbe y los que en él habitan*” (Sal 23, 1). Por lo tanto, la Iglesia ortodoxa pone el acento en la protección de la creación divina cultivando el sentido de responsabilidad hacia el medio

ambiente, que es un don de Dios, y anteponiendo las virtudes de la frugalidad y la moderación. Debemos recordar que no solo las generaciones actuales, sino también los que vienen, las que tienen derecho a los bienes naturales que el Creador nos ha dado.

11. Para la Iglesia ortodoxa, la facultad de búsqueda científica constituye un don de Dios hecho al hombre. Al afirmar esto, la Iglesia ortodoxa subraya, al mismo tiempo, los peligros que encierra la utilización de ciertas aventuras científicas. Ella considera que el científico es libre de investigar, pero que debe ponerle fin cuando son violados los principios cristianos y humanitarios: *“Todo me es lícito, pero no todo me conviene”* (1 Co 6, 12), y Gregorio el Teólogo, añadió: *“El bien ya no es bien si los medios son malos”* (*Or. Theol.* I, 4. PG 36, 16C). Esta percepción de la Iglesia es indispensable, en más de un sentido, para delimitar correctamente la libertad y dar valor los frutos de la ciencia, para la cual se esperan logros en casi todos los campos, en particular el de la biología, pero no desprovistos de riesgos. A este respecto, señalamos el carácter incontestablemente sagrado de la vida humana, desde su concepción.

12. A lo largo de los últimos años, se aprecia un desarrollo fulgurante marcado por las biociencias y la biotecnología que les está ligada, muchas de cuyas hazañas se consideran beneficiosas para el hombre, mientras que otras plantean dilemas éticos o se consideran rechazables. La Iglesia ortodoxa considera que el hombre no es simplemente un conjunto de células, de tejidos y de órganos, y que no está determinado únicamente por los factores biológicos. El hombre es creado a la imagen de Dios (Gn 1, 27) y deberá ser tratado con el debido respeto. El reconocimiento de este principio fundamental lleva a la conclusión de que en la investigación científica y la aplicación práctica de nuevos descubrimientos e invenciones, es importante salvaguardar el derecho absoluto de todo ser humano a ser tratado con respeto y honor en cada etapa de su vida, así como la voluntad de Dios, tal como es revelada en la creación. La investigación debe tener en cuenta los principios morales y espirituales, y las leyes cristianas. También es indispensable que el hombre muestre respeto frente a la creación, ya sea en el uso que haga de ella como en su investigación científica, en obediencia al mandamiento que Dios le ha dado (cf. Gn 2, 15).

13. En estos tiempos de secularización, se ve particularmente la necesidad de exaltar la importancia de la santidad de vida a la luz de la crisis espiritual que caracteriza a la civilización moderna. La confusión entre la libertad y la vida licenciosa conduce al aumento de la delincuencia, la destrucción y profanación de los santuarios y la pérdida del respeto por la libertad del prójimo y por la sacralidad de la vida. La tradición ortodoxa, formada a través de la experiencia práctica de las verdades cristianas, es portadora de espiritualidad y moralidad ascética, que hay que exaltar y promover especialmente en nuestros días.

14. La solicitud pastoral específica de la Iglesia por la educación en Cristo de los jóvenes es permanente e infalible. Es evidente que la responsabilidad pastoral de la Iglesia también se extiende a la institución del orden divino de la familia; la familia siempre y necesariamente se ha apoyado en el santo sacramento del matrimonio cristiano, como la unión de un hombre y una mujer, que representa la unión de Cristo y de su Iglesia (Ef 5, 32). Esto se está convirtiendo en un tema de actualidad, vistos los intentos de legalizar, en algunos países y la justificación teológica en algunas comunidades cristianas, formas de cohabitación opuestas a la tradición y doctrina cristianas. En esperan de la recapitulación de todo en el cuerpo único de Cristo, la Iglesia recuerda a cada ser humano que viene a este mundo que Cristo vendrá nuevamente durante su Segunda Venida para “*juzgar a los vivos y los muertos*” (1 Pe 4, 5) y que “*su reino no tendrá fin*” (Lc 1, 33).

15. En la época contemporánea, como en todo tiempo, la voz profética y pastoral de la Iglesia, la palabra redentora de la Cruz y la Resurrección, se dirige al corazón del hombre y lo exhorta, con el apóstol Pablo, para adoptar y vivir “*todo lo que es noble, justo, puro, digno de ser amado, de ser honrado*” (Fil 4, 8). La Iglesia propone el amor sacrificial de su Señor crucificado como el único camino hacia un mundo de paz, de justicia, de libertad y de solidaridad entre los individuos y los pueblos, donde la única y última medida es siempre Cristo sacrificado por la vida del mundo (cf. Ap 5, 12), es decir, el amor infinito de Dios en la Trinidad, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, a quienes pertenecen el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.